

SINDICALISMO Y POLITICA

TODO parece indicar que las elecciones sindicales pueden terminar con un cierto equilibrio entre UGT y Comisiones Obreras, bastante por encima de las centrales sindicales menores. Los datos actuales —y todavía muy parciales— no son fiables. Proceden de las propias centrales, y cada una tiende a magnificar sus resultados con respecto a los de las otras. Esto sucede siempre y en todo el mundo, y en todas las elecciones. El triunfalismo es un vicio universal. Forma parte de la lucha, y la lucha es dura. Muy lejana al sueño de la unidad sindical, sueño puramente teórico. Se sabe el origen de la doctrina de unidad sindical: hacia el siglo XVIII —la fecha de las *trade unions* en Gran Bretaña— se entendía que la clase obrera es una y sus problemas son los mismos. Había que conseguir la unión de obreros de un mismo gremio, y luego la de los obreros de todos los gremios, para realizar unas acciones comunes que les permitiese ser dueños de su propio trabajo y del producto del mismo lo cual llevaría a la modificación total de la sociedad y, por tanto, de la política, pero sin necesidad de realizar acciones directamente políticas. Apareció después Marx, de cuyas investigaciones y desarrollos se desprendió que sólo la conquista del poder político en primer lugar podría resolver las condiciones de vida de los trabajadores. Posteriormente el sindicalismo ha evolucionado de manera que resulta paralela a la de los partidos políticos. En España hay una fuerte tradición de este sindicalismo puro: la representa la CNT, cuya fuerza especialmente en la región catalana se medirá en estas elecciones por el número de abstencidos —predica la abstención, para salirse del sistema general—, aunque en algunas fábricas los delegados de la CNT han preferido presentarse.

UNO de los aspectos más interesantes de esta lucha sindical es la presentación de Comisiones como sindicato unitario, ajeno a cualquier partido político: una gran parte de su propaganda se ha dirigido y se dirige en estos días a los militantes de todos los partidos y a aquellos que no lo son de ninguno, mientras la UGT prefiere aparecer como unida al partido socialista, y trata de esclarecer que Comisiones está estrechamente unida al Partido Comunista. La tesis de Comisiones es

la unitaria. "En CC. OO. hay socialistas, comunistas, cristianos, pero, sobre todo, cientos de miles de trabajadores que, sin pertenecer a ningún partido político, han comprendido y sentido lo que es sentirse explotados y marginados y han tomado conciencia de clase". "La participación y defensa de progresivas reivindicaciones sociales (...) nos conduce hacia un cambio radical de las estructuras sociales y económicas del sistema capitalista y la implantación de un sistema socialista". Estas frases resumen muy bien la teoría: están escritas por Gaytan Terraza, que, siendo dirigente de Comisiones, lo es también del PSP: es decir, no está afiliado al Partido Comunista, lo cual se presenta como una garantía del no-comunismo del sindicato. El sindicato de CC. OO. nació en la clandestinidad y desde un principio pretendió la unidad: fue inmediatamente denunciado como instrumento comunista, como un intento del partido de dirigir la clase obrera de una manera invisible. No tan invisible como

para renunciar a que los más destacados dirigentes de Comisiones se identifiquen con el partido.

UGT, en cambio, se identifica con el PSOE. Es otra forma política. El PSOE, como tal partido, mantiene unas determinadas reivindicaciones sociales y económicas, unas permanentes y otras coyunturales —como su reserva frente al pacto de la Moncloa—, que corresponden con las que mantiene la UGT. El PSOE está en trance de constituir un partido de gobierno alternativo, lo cual no le sucede al PCE. El PCE conoce su escasez electoral y parlamentaria actual, la calidad del veto nacional y del veto extranjero que se le opone y la desconfianza que inspira todavía su nombre de partido —y algunos de los nombres propios de sus dirigentes—, a pesar de sus esfuerzos "eurocomunistas" y de su busca de pactos y consensos, y su lucha parte de esa inferioridad, de la necesidad de influir por todas las vías posibles aprovechando, incluso, la propaganda con-



Nicolás Redondo, secretario general de UGT, con Jerónimo Saavedra, Manuel Noguera y Luis Fuertes, durante una rueda de prensa electoral en Barcelona.



Virgilio Heras, Santiago Sánchez y José Casado, miembros los tres del secretariado de la Unión Sindical de CC. OO. de Madrid.

traría para remontarse. Su techo óptimo para lo inmediato —el futuro es otra cosa, y el futuro lo ha considerado siempre como suyo— es participar en un Gobierno de concentración. Pero el PSOE quiere todo el Gobierno. Empieza a ser considerado como posible por quienes son sus enemigos, aun manteniendo una actitud crítica para ciertas actitudes de la derecha —el pacto de la Moncloa—; tiene un apoyo internacional muy considerable —que procura fortalecer por todos los medios, como en el reciente viaje de Felipe González a Alemania Federal, después de su discutida estancia en la URSS y en los Estados Unidos— y esta siendo una esfera de atracción muy importante dentro del campo del posibilismo, en el que lleva considerable ventaja al PCE, a pesar de los esfuerzos de éste. Sería lógico que en estas condiciones y ante todo el fondo político en el que nos movemos, el PCE mantuviese una actitud de distancia oficial respecto a Comisiones Obreras, pero sin dejar de considerarlas como una fuerza de apoyo importante que le puede proporcionar la dinámica y la calidad de sus hombres en Comisiones, y que el PSOE hiciera todo lo posible por acentuar la identificación con UGT. Un partido socialista fuerte en el Parlamento con un sindicato fuerte en el mundo del trabajo constituiría un instrumento político como no existe otro en Europa Occidental. A excepción del laborismo británico, con un camino inverso: nació financiado por las *trade unions* como su rama política. Pero el laborismo británico está desgastado, en sus relaciones con la clase obrera, por las muchas veces y muchos años de poder, que no ha correspondido con los intereses de las clases trabajadoras. Tiene profun-

das divisiones interiores. No está excluido que esto puede ocurrir un día con el socialismo español y la UGT: de hecho, los gérmenes de divisiones interiores y la dificultad de unificar el socialismo están ya presentes.

EL problema que se plantea en estas elecciones es el de la existencia de una gran masa de votantes que no pertenecen a partidos políticos ni siquiera están encuadrados en sindicatos, y que, si lo están, en muchas ocasiones han aceptado el encuadramiento como un mal menor y con una desconfianza considerable. Un cierto número de huelgas se están produciendo espontáneamente: los dirigentes sindicales van a veces a remolque de los trabajadores, y los acuerdos a que llegan con las empresas no son admitidos por los huelguistas. Esto plantea una situación grave para los sindicatos y para el contexto nacional: los empresarios dicen encontrarse de nuevo sin interlocutores válidos —ya que las asambleas no aceptan lo acordado con los dirigentes— y algunos de ellos explotan exageradamente esa situación. Cabría suponer que las elecciones sindicales habrán de dar más autoridad y más representatividad a los delegados elegidos. Pero siempre se alzará, hasta ulteriores aclaraciones, si las hay, el fantasma del pacto de la Moncloa, con su confusión notable entre espíritu y doctrina y su utilización gubernamental continua. En la VIII Semana Económica Internacional, celebrada en Barcelona por el Grupo Mundo, no ha habido una sola intervención que no se refiriese al pacto de la Moncloa, y en los matices obreristas se advirtió lo que es una situación constante en la políti-

ca española: una mayor aceptación, dentro de la crítica, por el sector comunista (Tamames) y un mayor distanciamiento por parte del socialista (Boyer, Casasas, Múgica). La existencia del pacto y la confusión que ha aportado a la vida española —en lugar de clarificarla, como se suponía: aunque posiblemente la tregua que ha abierto haya sido hasta el presente beneficiosa al contexto español, sin prejuzgar por ello sus consecuencias más lejanas, que pueden ser graves— es uno de los factores más importantes de los que influyen en estas elecciones sindicales.

LA división del sector de trabajo del país en dos centrales sindicales grandes y otras menores no debería dificultar en lo futuro —en lo inmediato— las acciones comunes. Y al decir acciones comunes no me refiero solamente a las de reivindicación y protesta, sino también a las de aceptación y consenso cuando haya lugar a ellas. Hay que temer, sin embargo, que la división se profundice.

SOBRE todo de cara al acontecimiento posiblemente más próximo de la vida política española. Por su condición eminentemente popular —las corporaciones municipales están mucho más cerca del pueblo que el cierto elitismo de las cámaras, sobre todo en esta situación—, las elecciones de administración local van a estar muy influidas por los sindicatos. Si el PSOE consigue instrumentar en la realidad práctica lo que se configura ahora como un partido político vertebrado en una organización sindical, va a tener muchas posibilidades en esas elecciones: sobre todo, porque puede movilizar por esta vía los millares de candidatos que se necesitan para optar a los puestos de concejal que salen a elección.

COMO se ve, no es tan fácil trazar la raya entre la acción sindical y la acción política, y menos aún en España. Un distanciamiento como el de la CNT puede ser muy útil para el futuro, en el caso de que haya una decepción mayor en la clase trabajadora, que puede llegar a verse o a considerarse mal defendida por partidos y sindicatos de otro orden, en momentos en que perciban que la austeridad o el plan económico general recaiga sobre ellos con más fuerza que sobre las clases pudientes —lo cual parece inevitable—, pero podría ser negativo en el caso de que los otros instrumentos políticos, sindicales y económicos funcionasen bien. ■